

ANALES DE GRANADA

Andrés Cárdenas

ANALES DE GRANADA

Volumen I

(1940-1980)


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, diciembre 2024

© Andrés Cárdenas, 2024

© Esdrújula Ediciones, 2024

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Anna Dąbrowska

Maquetación: Noelia Cortés

Impresión: Centro Gráfico Digital

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1562-2024

ISBN: 978-84-129507-2-4

Impreso en España · Printed in Spain

A Nani Castañeda que tuvo la idea
y a Antonio Luis Gálvez,
que me ayudó a realizarla

Anales de Granada

PRÓLOGO

«Amamos una ciudad cuando queremos a alguno de sus habitantes», escribe Lawrence Durrell en *El cuarteto de Alejandría*. Dicen que Alejandría es una ciudad afortunada. Albergó la biblioteca interminable con que soñara Borges. E. M. Forster escribió la guía de la ciudad, un trabajo que es también una obra literaria, y Durrell la convirtió en el quinto personaje de su cuarteto. Granada es también una ciudad afortunada. Se habla de ella en los libros de todos los viajeros, es una extrañeza oriental coronando un monte sobre campos de huertos trazados con esmero, un palacio en derrumbe que sólo visitaban estrambóticos personajes. De todos esos viajeros que hablan de Granada en sus libros, encontrará el lector cumplidas noticias en las páginas de estos Anales de Granada.

Decir Anales es pensar en Tácito. Su amigo Plinio el Joven le escribía a Tácito el sueño de que los dos fueran recordados por sus obras y una vida ilustre entre la abogacía y la literatura. La obra de Plinio el Joven se perdió, sólo se conservan copias de sus Cartas. Tácito está entre los clásicos como un filósofo que escribe libros de historia.

Andrés Cárdenas no es un filósofo, ni lo pretende. Es tan sólo un flâneur que escribe sobre la ciudad que ama. Andrés ha escrito sobre Granada desde muchas perspectivas, personajes curiosos y no todos ellos ilustres, rincones especiales para el saboreador de barrios y paisajes, la idiosincrasia de sus habitantes, aljibes ciegos y el resplandor en sus calles de las nieves de la Sierra. Ahora, en estos Anales, ordena todo ese saber, todas las lecturas, todo el patear la ciudad y sus alrededores, de la manera cronológica que indica el título. Año a año. Desde el hambre oscura de la posguerra hasta nuestros días. Ochenta largos años de vidas en esta Granada cotidiana.

A diferencia de la Historia, los Anales son un género más modesto, quizá más personal que riguroso. Un cuadro pintado con la técnica del puntillismo, que permite recrearse en el detalle intrascendente sin otra pretensión que el gusto lo nimio. Para el historiador sería irrelevante, pero el cronista de anales levanta acta del vivir cotidiano con la actitud del que se sabe un ser tiempo entre rutinas. Desde que Unamuno habló de la intrahistoria y, sobre todo, en tiempos más recientes, se tiende a confundir lo intrahistórico con la anécdota, que es una manifestación banal. La intrahistoria unamuniana es, creo yo, la urdimbre donde se tejen los sucesos que luego leeremos en los libros de historia. La anécdota es lo trivial y lo superfluo, un cristal roto que brilla un instante en la escombrera. Se publican anecdotarios históricos bajo la forma de novelas, series televisivas, incluso pretendidos ensayos.

Vio Unamuno que bajo el suceso histórico hay un ser cotidiano y anónimo, un vivir colectivo y silencioso. Esa es la manera de los Anales y las Crónicas y ese es el placer de su

lectura. Lo que subyace bajo los grandes titulares. Hay un pasaje, no recuerdo si en Tácito o Tito Livio, en el que unas mujeres han colocado sus carromatos en unas colinas cercanas al campo de batalla. Al preguntarles quién será el vencedor o quien prefieren ellas que lo sea, responden: «El que gane vendrá esta noche a gastarse la soldada en nuestros carros». La respuesta de las mujeres da otra visión sobre la guerra, no es la del aliado sino la de los indiferentes, los desarraigados que nada tienen que perder o los cínicos.

En la primera década de los Anales de Granada recoge Andrés Cárdenas un bando municipal que prohíbe que en tiendas de comestibles, bares o tabernas se exhiban alimentos. Debajo de la anécdota berlanguiana está la mirada del hambre detrás de los cristales. En otro lugar escribe: «En 1979 Granada olía a miedo». En esa sinestesia está el vivir cotidiano.

Los Anales de Granada nos muestran el día a día de la Historia, pero también nos dan una visión de conjunto, a vuelo de pájaro —a vuelo de dron diríamos ahora—, de unas vidas y del año a año de una ciudad. Así sabemos que en la primera década el barrio de la pobreza y la prostitución, la Manigua, se convierte en la elegante calle Ganivet, abierta a la lejanía de la nieve. Sabemos que al rey de entonces, al que llamaban Franco, también lo engañaron los tejedores que «ficeron el paño», como al otro rey desnudo. Un estafador, llamado Filek, convenció al Caudillo para que financiara un sofisticado invento que transformaba el agua en gasolina. No en vino, que eso estaba muy visto y ya lo había inventado un judío en unas

bodas. Sabemos que lo mismo que se prohibió la exhibición de alimentos, se prohibió la presencia de mendigos por las calles. ¡Se acabó la pobreza! En Pinos Puente se encontró petróleo, hubo muchos avistamientos de ovnis y nos visitó la belleza de Rita Hayworth.

Los Anales nos dan una cercanía doméstica, una identificación con sucesos olvidados y de los que fuimos contemporáneos o de cuya existencia supimos después. Los libros y los tratados de Historia recogen lo más sobresaliente de una época, pero el detalle y la morosidad sólo se conservan en anotaciones marginales de antiguos pergaminos, diarios personales o cronicones costeados con la hacienda de sus autores. Hay una proximidad de lo íntimo, por muy lejana que sea la época en que se escribieron o desconocido su autor.

El suceso más relevante de los Anales de Granada ocurrió en 1975. El 20 de noviembre de ese año, un compungido Arias Navarro pronunció su «españoles, Franco ha muerto», provocando lágrimas y rezos en algunas casas y descorchar de botellas en otras. Todos recordamos los detalles de la madrugada de aquel día y con quien los compartimos. El otro suceso relevante de estos Anales es, creo yo, el 23F. Y todavía guardamos la memoria de aquella noche del miedo a que todo volviera a ser como antes. «Granada olía a miedo», había escrito ya Cárdenas. Mi imagen del golpe es poco heroica. Estaría más próxima al esperpento del militar en el Congreso. Por la avenida de Valencia oigo el estruendo de los tanques desde el balcón de mi casa. En la esquina, un hombre borracho, botella en mano y haciendo gestos soeces reta e insulta a los soldados

de las torretas: «Bajar si tenéis h...». Esa es la imagen que prevalece de mi 23F. Quede para las crónicas de Cárdenas. Aquella noche acabó el franquismo histórico, el intrahistórico unamuniano resiste.

Hemos compartido un suceso azaroso. El fin de un siglo y el amanecer de un milenio. Hemos cambiado de tiempo y de maneras de vivir. Y en eso son ricos estos Anales. En esos cambios. En el paso de lo material y tangible a lo virtual. Hablan los Anales de Granada de barrios que ya no existen, de amigos que se fueron, de una forma de vida, aquella, que, en tan poco tiempo, se transformó en un mundo que ni siquiera los libros y las películas de ciencia ficción supieron imaginar. Nos llevaron a las galaxias inalcanzables en artefactos mecánicos, pero nunca vimos la imagen de un niño jugando solo con un móvil.

Estos Anales de Andrés Cárdenas pueden leerse de muchas maneras. Como una guía de viajeros, las actas del día a día en una ciudad de provincias, una charla entre amigos en la barra de un bar o un jardín perdido, un paseo por las memoriosas piedras de sus calles en un trasiego de vidas, anónimas y cotidianas, como la nuestra, que son la urdimbre donde se tejen los sueños.

Tomás Hernández

1940

El año en el que Gallego Burín hace desaparecer La Manigua

En abril se sacan a subasta las obras para la nueva red de agua potable en la capital, para acabar así con la leyenda negra sobre el líquido elemento

En aquel año de 1940, como decía Pepe Ladrón de Guevara, el arco iris no salía de colores, sino en blanco y negro. Había mucha miseria que superar, mucha hambre que saciar y mucho miedo que vencer. La guerra no solo había vaciado las despensas, también los ánimos y los corazones. Las cárceles estaban llenas de presos políticos y comenzaba la II Guerra Mundial, en la que, como era lógico, no participamos. Nosotros habíamos tenido la nuestra. Hitler intentó que Franco fuera su aliado en el mítico encuentro de Hendaya, pero el que acababa de ganar una guerra no quiso entrar en otra, como el que gana una baza en una partida de póker y no quiere seguir apostando. El encuentro, el 23 de octubre, fue de tan extrema frialdad que no respondió a las expectativas de ambos dictadores. El mandamás alemán encontró al mandamás español tan poco hablador y tan somormujo, que acabó susurrando a sus generales: «Con este hombre no hay quien pueda».

En aquel año el alcalde de Granada era el historiador de Arte Antonio Gallego Burín, que había sido elegido en 1938. Muchos granadinos que vivieron aquella época consideran a este alcalde como uno de los mejores que ha tenido Granada, además de un intelectual en estado puro. Otros, sin embargo, lo consideran un franquista que ejerció su poder de una manera interesada y aleatoria. Lo que está claro es que mientras en muchas ciudades los alcaldes iban a ser los terratenientes y adinerados, aquí lo iba a ser un profesor universitario que había escrito libros y que había estado al frente de muchos proyectos culturales. Al menos en eso salimos ganando.

El caso es que en ese año comienza a destruirse La Manigua, el barrio en el que «las madrugadas de burdeles solían terminar entre copas de anís y una tos tuberculosa bajo las bufandas que aliviaban el malestar y el frío trasparente de las amanecidas», escribía Juan Bustos. En aquel año había censadas en Granada 358 prostitutas, sin contar las que no pasaban el control sanitario pertinente. Hay una famosa foto de Manuel Torres Molina en el que se ve al alcalde trajeado con una piqueta iniciando la demolición del barrio donde reinaban *La Bizcocha*, *La Muertos* o *La Esquinazos*, tres de las meretrices más famosas de la zona. La inmensa mayoría de los granadinos estaba a favor de la destrucción de ese barrio, por considerarlo un foco de enfermedades y pestilencia, por lo que la medida fue bien acogida. Sin embargo, hubo voces en contra. El pintor Julio Juste, que fue un buen conocedor de la reforma de Gallego Burín, escribiría que este había manejado muy bien los instrumentos de la intervención pública para «sacar a subasta los terrenos expropiados en unas condiciones en que un solo puñado de capitalistas, en muchos casos implicados en el propio aparato administrativo, tienen acceso

a aprovecharse de esa hábil conjunción entre lo privado y lo público». En un libro sobre Gallego Burín en el que se relatan sus luces y sus sombras, Mateo Revilla dice estar convencido de que la apertura de la calle Ganivet tras la desaparición de La Manigua fue una solución urbanística equivocada. «Calle Ganivet es una operación que niega la historia de la ciudad al destruir su tejido y carecer de razón funcional o representativa», dice Revilla. En fin, que lo que es bueno para unos es malo para otros. Como siempre. El caso es que ese año se inician, como digo, muchos proyectos que dejarían irreconocible la ciudad: comienza la reforma de Plaza Nueva uniéndola a la de Santa Ana, la reordenación de la plaza del Palacio Arzobispal, la transformación de la Plaza de las Pasiegas y la construcción de la rotonda que separará el Paseo del Salón y de la Bomba, colocando en ella la Fuente de Los Leones. También ese año dicen los periódicos que el embovedado en Puerta Real será convertido en una plaza monumental que se llamará Fuente de las Batallas. Reformas que harán decir a Melchor Fernández Almagro: «Durmiendo o vigilando, Gallego Burín no deja de pensar un solo día en su ciudad: soñándola». A finales de año Gallego Burín deja de ser alcalde y es nombrado su amigo Rafael Acosta Inglott, un canario afincado en Granada y catedrático de Historia del Derecho. Acosta Inglott solo está siete meses en el cargo porque muere en 1941 de tifus, por eso Gallego Burín toma de nuevo la alcaldía. Hasta 1951, en que la deja definitivamente para pasar a ser director de Bellas Artes.

En un plano más doméstico, en 1940 las cartillas de racionamiento están en su auge. Las tiendas de ultramarinos despachan la ración de arroz, garbanzos, boniatos, aceite, azúcar, tocino y bacalao correspondiente al cupón que, a tal

efecto, deberá de cortarse de la cartilla que había emitido La Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Excepcionalmente se disponía de otros productos como café, chocolate, membrillo o jabón. Muy pocas veces se repartía carne, leche y huevos, que solo se encontraban en el mercado negro y a precios prohibitivos. La guerra había dejado un país asolado que provocaría una época de auténtica hambre, sobre todo en las ciudades. Los que vivían en el campo lo tenían mejor porque podían comer de lo que sembraban y de los animales que criaban. Es en aquel año cuando empiezan a forjarse grandes fortunas económicas a partir del mercado negro de productos básicos. El llamado estraperlo. En él estuvieron implicados muchos afines al poder, lo cual impidió que se atajara el problema.

Ese año se inaugura en Granada el orfanato del Pilar, pues después de la guerra hay muchos niños huérfanos. También se entregan siete casas para familias humildes y un dispensario municipal. Es nombrado ese año presidente de la Diputación Manuel Sola Rodríguez-Bolívar, un joven de 28 años licenciado en Derecho que tiempo después sería alcalde de Granada. Lo que ya daremos cuenta a su debido tiempo.

Durante la noche del 4 de febrero de 1940 quedó sepultada la aldea Fuente de Cesna, cerca de Algarinejo, a causa de un desprendimiento de rocas propiciado por un gran temporal de lluvia que causó la práctica destrucción del pueblo y 19 víctimas mortales, de las cuales tres de ellas se dieron por desaparecidas. El pueblo quedó prácticamente arrasado.

Se especula mucho sobre qué hubiera pasado en los años de sequía si Franco no hubiera hecho tantos pantanos. A Franco se le llamó *Paco Ranas*, porque decían que iba saltando

de pantano en pantano. En Granada ese año entra en su fase final el pantano de Cubillas, que se había diseñado para dar agua a toda la Vega granadina. Unos setenta mil colonos se iban a aprovechar de sus aguas.

Por aquel tiempo el agua de Granada tenía fama de ser de pésima calidad y de provocar graves enfermedades infecciosas. El 27 de abril de 1940, por fin, el Ayuntamiento aprueba las obras para terminar las redes de agua potable. El presupuesto: 31 millones de pesetas. Las conducciones de agua anteriores, tan antiguas como mal cuidadas, provocaban el rezo y la correspondiente persignación de muchos granadinos antes de tomarse un vaso de agua: «Dios nos coja confesados», decían muchos antes de llevarse al gañote el líquido elemento. De ahí que hubiera un auge ese año de los aguadores granadinos, que proclamaban que llevaban agua de la Fuente del Avellano o de la misma Alhambra: «¡Acabaíca de bajar la traigo ahora!», «¡Fresca como la nieve!», «¡Del Avellano! ¡La traigo del Avellano!». Los pregones de los aguadores estaban en el *hit parade* de la música urbana de la capital. También había quioscos de agua, como el de Plaza Nueva y el de la Carrera del Genil, que estuvieron abiertos hasta que se terminó, dos años después, la ansiada red de agua potable. Fue cuando se dio por finalizada la leyenda negra sobre el agua de Granada.

El hambre, la mala alimentación y la falta de aseo propiciaron el aumento de enfermedades como el tifus, la meningitis, el tracoma y, especialmente, la tuberculosis, conocida por aquellos años como «la enfermedad del pobre». Aunque fue el tifus exantemático, el «piojo verde» como se la llamaba popularmente a esta patología, el que más fuerte golpeó a la ciudad. Según una investigación de Gabriel Pozo, esta enfermedad dejó entre 1940 y 1941 cerca de 7.000 muertos. Sus síntomas

eran aparatosos: fiebres altas, alteraciones del sistema nervioso, temblores y graves erupciones de piel. Como se transmitía a través de los piojos, se cerraron las escuelas y se organizaron campañas para que todos los niños fueran rapados como medida de prevención.

Pero esas noticias apenas salían en los periódicos, no había que aguar la celebración del llamado Primer Año Triunfal. Sin embargo, la mortalidad llegó a dispararse en la capital: 25 de cada mil personas morían a causa de este padecimiento. No había desgraciadamente tratamiento para la epidemia, por eso se tenía que evitar la mugre y la suciedad. Una de esas medidas era expulsar a los indigentes y pordioseros. «El alcalde Gallego Burín expulsó a casi 3.559 mendigos llegados de la zona roja como supuestos transmisores de la enfermedad», dice Pozo. También es cierto que fue un problema que preocupó mucho al alcalde, que dejó un detallado informe para la Historia sobre los primeros meses de la epidemia. Dicho informe no se dio a conocer hasta muchos años después.

Y pasemos al fútbol. En aquella temporada 1940-41, se rehace el equipo que había estado inactivo durante la guerra civil. Esa temporada es importante porque se cambia el nombre del club. Ya no se llamaría Recreativo de Granada, como se le había puesto el 14 de abril de 1931, sino Granada Club de Fútbol. Recién terminada la guerra se nombra una gestora que forman Ricardo Martín Campos y Paco Cristiá, que recomponen el equipo. A falta de jugadores locales, que andaban desperdigados y sin ganas ni fuerzas de darle una patada al balón, traen desde Madrid a seis futbolistas foráneos que van a componer la columna vertebral del nuevo equipo: el internacional Manolo Valderrama, el defensa González, el portero Floro, los medios Maside y Santos y el virtuoso con el

balón, Trompi. Este último fue apodado así porque era pequeño como un trompo, bailaba con la punta de los pies y manejaba el balón como un auténtico malabarista. En el tren que trajo desde Madrid a Granada a Trompi, viajaba el periodista Carlos Tomás Romero, que había decidido establecerse en la ciudad de la Alhambra. El periodista escribió esto: «Trompi para nosotros era la esencia del fútbol, hacía lo difícil fácil, el regate mirando al cielo era como la caricia amorosa a su rival, era el amago, el cambio de ritmo, era el baile de salón del más experto danzarín romántico... era el 'dribling' hecho música clásica, el 'diablo' rojiblanco del Granada». Leyendo esto a uno le da rabia no haber visto jugar a Trompi.

También en 1940, el Papa Pío XII, que es el que había, le concede a Granada el honor de tener como copatrono al llamado apóstol de la Caridad: San Juan de Dios. La Orden Hospitalaria de San Juan de Dios recibió un despacho de Roma en el que se confirmaba la decisión del Papa. A la Virgen de las Angustias y a San Cecilio, se le une San Juan de Dios. Para muchos granadinos, el mejor triplete defensivo de Granada.

1941

El año en el que 300 granadinos se fueron a Rusia con la División Azul

*Mueren José María Rodríguez Acosta, Luis Seco de Lucena,
Lagartijillo Chico, el portero Alberty y el alcalde de la capital,
Rafael Acosta Inglott.*

En 2018 entrevisté a José López López, que vivía en Granada, en una calle del barrio Cervantes. José tenía 102 años y era el único de los casi cincuenta mil españoles que se fueron a la División Azul que aún estaba vivo. «El último divisionario azul», titulé aquel reportaje. José era un hombre pequeño, casi diminuto, pero con una memoria increíble. Me habló de las penalidades que pasaron aquellos voluntarios que había enviado Franco para ayudar a los nazis en la invasión de Rusia. Estuvo en Leningrado y después en un cuartel cerca de Finlandia. «Estábamos a cuarenta grados bajo cero. El vino nos llegaba en barriles que venían totalmente congelados y cuando lo repartían nos lo daban en trozos de hielo. Lo derretíamos en jarras de lata que poníamos a la lumbre para poder beberlo. Lo mismo que la mantequilla. Allí todo se tenía que derretir antes de comerlo. Yo cogí el paludismo y estuve a punto de palmarla. Me llevaron a un hospital de campaña alemán y allí me atendió una enfermera brasileña, con la única

con la que me entendía algo». José no sabía exactamente por qué se alistó para ir a Rusia. Me dijo que tal vez por buscar una aventura en su monótona vida.

En 1941, según los datos facilitados por la Fundación de la División Azul, fueron 297 los granadinos que se fueron a formar parte de este cuerpo militar que se le llamó popularmente División Azul por su marcado carácter falangista. En la provincia de Granada se apuntaron casi tres mil voluntarios que querían ir a Rusia a matar bolcheviques, pero al final solo uno de cada diez fueron los elegidos. Los voluntarios granadinos estuvieron adscritos al Regimiento 269, que tenía fama de ser el más aguerrido y, al final, el que más bajas tuvo. A finales de 1941, raro era el día en el que no venía en los periódicos *Ideal* y *Patria* el nombre de algún granadino que había caído en Rusia. «En el frente ruso, defendiendo con todo heroísmo y bravura los colores de la bandera de España, han dado su vida por Dios y por la Patria los voluntarios granadinos de la División Azul Manuel Rodríguez Iglesias (de Órgiva) y Fernando Martín Montoya (de Pinos Genil)», decía una noticia del diario *Patria*. Al siguiente día era el teniente Tovar Méndez, también de Órgiva. Y al otro el sargento Juan Antonio Maldonado Bonilla o el atarfeño Alberto Moreno Pérez. No se sabe exactamente los granadinos que murieron ese año en el frente ruso, pero fueron decenas las familias que se quedaron sin ver regresar de aquella aventura soviética a sus seres más queridos. Al terminar la II Guerra Mundial más de doscientos españoles permanecieron varios años más en cárceles y campos de concentración rusos. Fueron repatriados en el año 1954 en el barco *Semíramis*. A algunos granadinos que regresaron, los familiares los habían dado por muertos: Antonio Izquierdo, de Purullena; Cecilio Laborda, José López García; Joaquín

Mallada, de Moreda; Antonio Moreno, de Moclín, Francisco Rosaleny... Uno de ellos llamado Diego Bailón, cuando se fue dejó a su esposa embarazada y a su vuelta conoció a su hija de doce años.

La persona de la División Azul que más se relaciona con Granada es, sin duda, José María Sánchez Diana, acérrimo falangista que se alistó con 17 años y que, al volver y ocupar la plaza de profesor de Historia en el Instituto Padre Suárez de la capital granadina, escribió un libro titulado *Cabeza de Puente, diario de un soldado de Hitler*, en el que narra su experiencia en Rusia.

Y es que Granada fue una de las provincias que más se volcó con la División Azul. En la campaña para recaudar fondos para los que se fueron a luchar a Rusia, los granadinos enviaron grandes cantidades de mantecados, carne de membrillo, conservas, azúcar y ropa de abrigo. Salieron en un barco el 16 de noviembre de 1941. Lo que no se sabe qué cantidad llegó allí.

En el año 1941 la muerte obtiene una gran cosecha en Granada. Además de todos los miles de personas que fallecen a causa del piojo verde, desaparecen de la escena varias personalidades del mundo de la política, el arte y la cultura. El 30 de junio de 1941 se da una gran manifestación de duelo por el fallecimiento del alcalde Rafael Acosta Inglott. Una multitud de personas acompañaron al féretro que contenía sus restos hacia el cementerio. El alcalde, en sus solo siete meses de mandato, había adquirido fama de buena persona y de estar muy comprometido con la ciudad. Se contagió de tifus al visitar a los enfermos de las cuevas del Barranco del Abogado durante la epidemia que se había iniciado en Granada un año antes. Luis Seco de Lucena, en su libro *Mis memorias de Granada*, define a Rafael Acosta como «uno de los alcaldes más

nobles, bondadosos, inteligentes y de más fecunda gestión que ha tenido Granada». Precisamente Luis Seco de Lucena Escalada, el fundador del legendario *El Defensor de Granada*, también muere ese año (a finales de diciembre). Tenía 85 años y la capilla ardiente se instaló en la sede de la Asociación de la Prensa, de la que él fue uno de los fundadores.

El mundo de los toros perdió al torero granadino José Moreno *Lagartijillo Chico*, sobrenombre que le pusieron para diferenciarlo de su tío: Antonio Moreno *Lagartijillo*. No tuvo mucha suerte el torero granadino porque le tocó vivir la época en la que la gente iba a ver torear a *El Gallo*, a *Bombita*, a *Machaquito* o a Juan Belmonte, que son los que cortaban las orejas y los rabos. De todas maneras, en las enciclopedias taurinas se dice que este granadino ofició un toreo «muy digno y florido». Ahí queda eso.

El mundo del arte pierde este mismo año a José María Rodríguez Acosta, pintor a caballo entre el modernismo y el simbolismo. Su desahogada posición económica —había nacido en el seno de una familia dedicada a los negocios bancarios— le permitió dedicarse a su auténtica pasión: la pintura. Era muy bueno pintando naturalezas muertas y desnudos femeninos. Y cuando se hartó, abandonó los pinceles para dedicarse a la planificación, construcción y decoración de su magnífico *carmen* granadino, en donde albergó su biblioteca y diversas colecciones de objetos. Al morir se crea en el *carmen* la Fundación que llevará el nombre del pintor.

Quien muere en Roma ese año también es Alfonso XIII, que no nació en Granada, pero venía frecuentemente a cazar conejos de campo y también de ciudad. Aquí se había enamorado de Carmen Ruiz Moragas, hija del gobernador civil, a la que la gente llamaba *La Borbona*. Carmen Ruiz se había

casado con el torero mexicano Rodolfo Gaona, pero la cosa no fue bien y al separarse de él se echó en brazos de Alfonso XIII, del que tuvo dos hijos bastardos. Según un libro que ha escrito Javier Pérez, Carmen era una mujer de armas tomar y nunca estuvo enamorada del rey, pero con el que llegó al buen pacto de ser protegida a todos los niveles, por supuesto, incluido el económico. La hija del gobernador civil de Granada después se haría republicana, tras conocer al poeta Juan Chabás, un intelectual que militaba en la Izquierda Republicana. Sería una seguidora del feminismo moderado de Victoria Kent. Murió cuando solo tenía 38 años, «olvidada y amargada», como cuenta González Ruano en sus memorias.

Pero este año de 1941 también proporciona a los granadinos alguna que otra alegría. El Granada C. F., que había creado la gestora presidida por Ricardo Martín Campos, se proclama campeón de Segunda División y sube a Primera. La gente iba a *Los Cármenes* (antes se llamaba *Las Tablas*) a animar a su equipo y, de camino, a olvidar los estragos del hambre. Muchos granadinos saben de memoria aquella famosa alineación que subió a Primera: Floro, Millán, González, Matside, Bonet, Mesa, Trompi, César, Martínez, Bachiller y Liz. El entrenador era Victoriano Santos, del que escribe José Luis Delgado que el último partido contra el Coruña «salió cabizbajo de Los Cármenes; nadie le hizo caso y al poco tiempo murió de una tuberculosis, de tristeza y decepcionado por los desagradecidos que le dieron la espalda. A eso estamos acostumbrados en esta ciudad de la Alhambra». Por primera vez Granada está en la máxima categoría del fútbol y los granadinos se lo agradecen organizando una gran recepción a los jugadores, que se pasearon en autobús por la Gran Vía mientras la banda municipal interpretaba el himno del Granada compuesto por

el maestro Megías. Cuando acabó la temporada, quién ocuparía la portería sería el portero Alberty, aquel que comía naranjas cuando el balón estaba en el área contraria. Algún que otro chiquillo hambriento se acercaba a él no con la intención de que le firmara un autógrafo, sino para que le diera una naranja. Dicen las crónicas antiguas que le encantaban los cítricos del Valle de Lecrín.

Por lo demás la vida transcurría cuesta arriba para la mayoría de los granadinos. El 15 de noviembre es nombrado de nuevo Antonio Gallego Burín alcalde de Granada. La miseria y el hambre estaban aún lejos de resolverse. Aun así, la ciudad sigue su ritmo y las obras no paran. La construcción del alcantarillado y la instalación de las redes de agua potable, que comienzan en agosto, tendrán durante dos o tres años las calles abiertas en canal. Las ratas se hacen las dueñas de la ciudad y habrá hasta concursos para ver quién mata más roedores. Los trabajos de alcantarillado y de redes de agua comenzarán en el barrio de las Virgen de las Angustias y terminarán en Albaicín. Con el fin de evitar el uso indebido del líquido elemento, el Ayuntamiento fija un mínimo de consumo por familia de 2,40 pesetas al mes. Cada metro cúbico de más se cobraba a cuarenta céntimos. Se instala una estación depuradora en Lancha de Cenes y se calcula que los granadinos gastaban 26.000 metros cúbicos de agua al día.

Los que se hincharon de agua el 4 de octubre de 1941 fueron los almuñequeros. Una fuerte tormenta produjo los desbordamientos de los ríos Verde y Seco. Las aguas irrumpieron con tal fuerza en el campo que se llevaron la mayor parte de los frutos cultivados en la zona, que fueron arrasados al mar. Unos dos mil marjales resultaron dañados y el

alcalde de Almuñécar, Narciso Naveros, se apresuró a visitar al gobernador civil para dar cuenta de los daños y solicitar ayuda para los agricultores. El río Seco almuñequero cumplía así su venganza por ser llamado con ese nombre.

En la capital, el Palacio de los señores de Müller, situado en plena Gran Vía, se convierte en la sede del Gobierno Civil. También se coloca la primera piedra del Hospital de San Rafael, que primero fue ideado como una clínica para niños. Ese año se inaugura también la sede del Banco de España de la Gran Vía. Cuesta su construcción cinco millones de pesetas. Sólo en los mármoles se invirtió un millón. El arquitecto de la obra, Secundino Zuazo, procuró que el edificio tuviera calefacción, refrigeración y estación propia de depuradora de agua. En ese solar estuvo antes el convento del Santo Ángel Custodio, que fue saqueado por los franceses cuando ocuparon Granada en 1810. Durante la República, las religiosas clarisas franciscanas, que ocupaban el convento, se vieron obligadas a permutar su sede por un solar que el Estado tenía en la calle San Antón. El convento fue derribado y se construyó la sede bancaria que hoy podemos ver y que años después de ser cerrado, en 2004, se convertiría en la sede de la Fiscalía de Andalucía. Antes del cierre, distintas administraciones reclamaron su cesión y se abrió en Granada un importante debate sobre su futuro uso. Al final la Junta de Andalucía lo adquirió mediante la permuta en 2006 de la famosa Casa de las Conchas de Salamanca, quizás el edificio más emblemático de la ciudad castellana. En la Junta aún se preguntan si no salieron perdiendo en el trueque y los salmantinos dicen eso de Santa Rita, Rita, Rita...

En 1941 nació en la localidad alpujarreña de Busquístar el dibujante Francisco Puga Cifuentes, que publicaría sus viñetas

en el diario *Patria* y en la revista *El Batracio Amarillo*. Era conocido por Frapuci. Moriría en marzo de 2024.